

II

En la Croix-de-Maufras, en un jardín cortado por el camino de hierro, está colocada la casa, tan cerca de la vía, que todos los trenes que pasan la conmueven. Basta un viaje para que se quede grabada en la memoria; todas las personas que han desfilado por allí saben que está en aquel lugar, aunque nada conozcan de ella; siempre cerrada, en completo abandono, con sus ventanas grises, reverdecidas por los chaparrones del oeste. Aquello es un desierto, y la casa parece aumentar más la soledad del perdido rincón, separado de toda alma viviente en una legua a la redonda.

Sola, la casa del guardagujas permanece en un extremo del camino que atraviesa la vía y llega hasta Doinville, distante cinco kilómetros. Baja, con las paredes agrietadas y las tejas cubiertas de musgo, ofrece un aspecto abandonado y pobre, en medio del jardín que la rodea, plantado de legumbres y cerrado por un seto vivo, en el cual se levanta un gran pozo, tan alto como la casa. El paso a nivel se halla entre las estaciones de Malaunay y Barentin, en la mitad del camino, a cuatro kilómetros de

cada una de ellas. Es, por lo demás, muy poco frecuentada; la vieja empalizada, medio podrida, no se abre apenas más que para los carretones de las canteras de Bencourt, en el bosque, a media legua. No podría uno imaginarse rincón más apartado de todo ser viviente, pues el túnel del lado de Malaunay corta todo camino, y no se puede comunicar con Barentin más que por un sendero descuidado a lo largo de la línea. Raras, pues, son las personas que visitan estos sitios.

Aquella tarde, a la puesta del sol, con tiempo muy nebuloso y desapacible, un viajero, que acababa de salir de un tren de Le Havre en Barentin, seguía con ligero paso el sendero de la Croix-de-Maufras. El país está formado por series continuas de valles y de cuevas, que accidentan el terreno, atravesando por el camino de hierro, alternativamente, sobre terraplenes y trincheras. A los dos lados de la vía, estas quebraduras continuas, estas elevaciones y depresiones, acaban por hacer casi intransitables los caminos, y aumentan la gran soledad de aquellos parajes. Los terrenos, blancuzcos, permanecen incultos; algunos árboles coronan las elevaciones de varios bosquitos, mientras que a lo largo de los estrechos valles corren arroyos, sobre los cuales proyectan su sombra algunos sauces. Otras elevaciones gredosas están absolutamente desnudas, sucediéndose los cotos estériles en un silencio y abandono mortales. Y el viajero, joven, vigoroso, apretaba el paso como para escapar a la melancolía del crepúsculo, tan dulce en aquella triste tierra.

En el jardín del guardabarrera sacaba agua del pozo una muchacha, alta, de dieciocho años, rubia, fuerte, de labios grandes, ojos verdosos, frente estrecha y abundante cabellera. No era bonita, tenía muy sólidas las caderas, y los brazos duros como los de un mozo. En cuanto vio

al hombre bajar por el sendero soltó el cubo y corrió a colocarse delante de la verja que cerraba el seto vivo.

—¡Hombre, Jacques! —exclamó. Éste había levantado la cabeza. Acababa de cumplir veintidós años; era de elevada estatura, muy moreno, hermoso muchacho de redondeado rostro, cuyas regulares facciones se desfiguraban por unas mandíbulas demasiado desarrolladas. Sus cabellos, negros y espesos, ensortijados naturalmente, del mismo modo que su bigote, aumentaban la palidez de su rostro. Dijérase que era un caballero, al ver su fina piel y bien afeitadas mejillas, si no se notara de otra parte el sello indeleble del oficio, las grasas que amarilleaban ya sus manos de maquinista, manos que, a pesar de todo, eran pequeñas y delicadas.

—Buenas tardes, Flore —dijo sencillamente.

Pero sus ojos, grandes y negros, sembrados de puntitos color de oro, estaban como turbados por una humareda roja que los hacía palidecer. Los párpados se le abatían y los ojos se extraviaban revelando un malestar que rayaba en sufrimiento. Y todo el cuerpo presentaba cierto movimiento instintivo de retroceso.

Ella, inmóvil, con los ojos fijos en él, había notado este estremecimiento involuntario, que trataba de reprimir cada vez que hablaba con una mujer. La joven se mostraba también seria y triste. Luego, deseosa de ocultar su malestar, como él le preguntase si su madre estaba en casa, aunque de sobra sabía que se hallaba enferma e incapaz de salir, no respondió más que con un signo de cabeza, apartándose para que pasase sin tropezarse con ella, y se volvió al pozo sin pronunciar una palabra, con el talle erguido y altivo.

Jacques atravesó con paso rápido el jardín y entró en la casa. Allí, en medio de la primera pieza, una extensa cocina donde comían y vivían, hallábase sola la señora

Phasie, sentada cerca de la mesa, sobre una silla de paja, con las piernas envueltas en un viejo mantón. Era aquélla una prima de su padre, una Lantier, que le había servido de madrina, y que, a la edad de seis años, le recogió en su casa cuando su padre y su madre, huyendo a París, le dejaron solo en Plassan, donde después siguió los estudios en la Escuela de Artes y Oficios. Profesábale él gran reconocimiento, diciendo que a ella únicamente debía el haberse abierto paso. Cuando llegó a ser maquinista de primera clase, en la Compañía del Oeste, después de haber permanecido dos años en el camino de hierro de Orleáns, encontró a su madrina, casada en segundas nupcias con un guardagujas llamado Misard, desterrado con las dos hijas de su primer matrimonio, en aquel perdido rincón de la Croix-de-Maufrais. Hoy, aunque contando cuarenta y cinco años apenas, la hermosa Phasie, en otros tiempos tan robusta, parecía tener sesenta, delgada y amarillenta, sacudida por continuos escalofríos. Ella lanzó un grito de alegría:

—¡Cómo! ¡Tú por aquí, Jacques!... ¡Ah! ¡Qué sorpresa, muchacho!

Jacques la beso en las mejillas, explicándole que acababa de recibir inopinadamente dos días de permiso forzado. La *Lison*, su máquina, al llegar por la mañana a Le Havre, se rompió una biela, y como la reparación no podía quedar terminada antes de veinticuatro horas, no reanudaría su servicio hasta el día siguiente por la tarde, para el exprés de las seis y cuarenta. Con este motivo había querido abrazarla. Dormiría allí, y no saldría de Barentin sino en el tren de las siete y veintiséis minutos de la mañana. Y conservaba entre sus manos las de aquella pobre mujer, diciéndole cuánto le había inquietado su última carta.

—¡Ah! Sí, hijo mío, esto va mal... ¡Qué listo has sido en adivinar mi deseo de verte! Pero sé hasta qué punto estás sujeto y no me atrevía a pedirte que vinieras. En fin, ya estás aquí, ¡si supieses qué peso tengo en el corazón!

Interrumpióse la mujer para dirigir con miedo una mirada por la ventana. Bajo el expirante día, al otro lado de la vía, veíase a su marido, Misard, en un puesto de vigilante, una de esas cabañas de tablas, enclavadas en el suelo cada cinco o seis kilómetros y unidas por aparatos telegráficos a fin de asegurar la buena circulación de los trenes. Mientras que su mujer, y Flore después, estaba encargada de la barrera del paso a nivel, habían hecho de Misard un estacionario.

Como si hubiese podido oírla, bajó la voz en medio de un temblor convulso.

—¡Creo que está envenenándome!

Jacques se sintió sobrecogido al oír tal revelación, y sus ojos, al volverse también hacia la ventana, se nublaron por aquella turbación singular.

—¡Oh!, tía Phasie, ¡qué idea! —murmuró—. ¡Tiene un aspecto tan dulce y tan inofensivo!

Un tren que iba a Le Havre acababa de pasar, y Misard había salido de su puesto para cerrar la vía detrás de sí. Mientras subía el barrote, poniendo la señal en rojo, estuvo mirándole Jacques. Era aquel hombrecillo de malas trazas, pobre de barba y no más rico de cabellos incoloros, con la cara hundida y miserable. Sin embargo, mostrábase silencioso, tímido, y nunca enfadado, con una cortesía exagerada en presencia de sus jefes. Había entrado en la caseta de tablas para inscribir en el horario la hora del paso y para tocar los dos botones eléctricos, de los cuales uno dejaba la vía libre al puesto precedente y el otro anunciaba el tren al puesto siguiente.

—¡Ah! No lo conoces —repuso la señora Phasie—. Te digo que me está haciendo tomar alguna porquería... Yo, que era tan fuerte y me lo hubiese comido, estoy supeditada a ese escrúpulo de hombre.

Se encolerizaba llena de sordo rencor, temerosa, y desahogaba su corazón, satisfecha de poder al fin contar sus penas. ¿Dónde había tenido la cabeza para casarse con semejante socarrón, sin un cuarto, avaro, cinco años menor que ella y con dos hijas, una de seis y otra de ocho años? Diez habían transcurrido desde que hizo tan buen negocio y no pasaba una hora sin que se arrepintiese de aquella miserable existencia, de aquel destierro en un helado rincón del norte, donde tiritaba, aburrida hasta morir, sin tener nadie con quien hablar, ni siquiera una vecina. Misard era un antiguo trabajador de la vía, que, a la sazón, ganaba mil quinientos francos como estacionario; ella, desde el principio, tenía cincuenta francos por la barrera, de la cual estaba hoy encargada Flore; y allí se encerraban lo presente y lo porvenir; ninguna otra esperanza le quedaba como no fuese la de vivir y morir en aquel rincón a mil leguas de los seres vivientes. Lo que no contaba eran los consuelos que aún tenía, antes de caer mala, cuando su marido trabajaba en el balastre, y permanecía sola guardando la barrera con sus dos hijas; pues poseía entonces en toda la línea, desde Ruán a Le Havre, tal reputación de mujer hermosa, que los inspectores de la vía la visitaban de paso; hasta había rivalidades siempre turnando, para redoblar la vigilancia. El marido no era un obstáculo. Deferente con todo el mundo, se deslizaba por todas las puertas, yendo y viniendo sin ver nada; pero aquellas distracciones habían cesado ya, y ella se pasaba en aquel sitio las semanas, los meses, sobre la misma silla, en la misma soledad, sintiendo descomponerse un poco más su cuerpo de hora en hora.

—Te digo —repitió para concluir —que es él quien se ha encarnizado contra mí, y acabará conmigo, aunque sea tan pequeño.

El brusco ruido de un timbre le hizo dirigir una mirada inquieta al exterior. Era el puesto precedente, que anunciaba a Misard un tren que iba con dirección a París; y la aguja del aparato de vigilancia, colocada delante del cristal, se había inclinado en sentido de la dirección. Detuvo el timbre y salió para anunciar el tren con los sonidos de bocina. Flore, en aquel momento, fue a empujar la barrera; luego se puso delante, con la bandera recta, en su vaina de cuero. Oíase el ruido del tren, un exprés oculto por una curva del camino, aproximándose con creciente rugido. Pasó como un relámpago, haciendo retemblar la casucha y amenazando derribarla con viento de tempestad. Flore volvió a sus legumbres, y Misard, después de haber cerrado la vía ascendente detrás del tren, fue a abrir otra vez la vía descendente bajando el barrote, para borrar la señal roja, pues un nuevo timbre, acompañado de la elevación de la otra aguja, acababa de advertirle que el tren que había pasado cinco minutos antes salía ya del puesto siguiente. Volvió a entrar, previno a los dos puestos, inscribió el paso y esperó. Tarea siempre igual que ejecutaba durante doce horas, viviendo y comiendo allí, sin leer tres líneas de un periódico, sin que pareciese siquiera que su oblicuo cráneo encerraba idea alguna.

Jacques, que otras veces bromeaba con su madrina sobre el estrago que causaba entre los inspectores de la vía, no pudo menos que sonreírse diciendo:

—Bien puede ser que tenga celos.

Phasie se encogió de hombros como con lástima, mientras que una sonrisa apareció irresistible en sus pálidos labios.

—¡Ah! ¿Qué estás diciendo, hijo mío?... ¡Celos él! Siempre se ha dado por muy satisfecho, desde el momento en que nada le salía del bolsillo.

Después, víctima nuevamente de su estremecimiento, dijo:

—No, no, a él no le importa eso. Lo que le importa es el dinero... Lo que nos ha enfadado, mira, ha sido que no he querido darle los mil francos que heredé el año pasado de mi padre. Desde entonces, como me amenazaba, caí mala a causa de los disgustos... Y el mal no me ha dejado, sí, precisamente desde entonces.

El joven comprendió, y como creía que serían ideas lúgubres de mujer enferma, trató de disuadirla. Pero ella se obstinaba, cual persona cuya opinión está formada firmemente. Jacques acabó por decir:

—Pues bien, nada hay tan sencillo como que todo eso concluya si usted quiere. Déle usted los mil francos.

Un esfuerzo extraordinario la puso en pie, como resucitándola.

—¿Los mil francos? ¡Jamás! Prefiero reventar... ¡Ah! Están ocultos, bien ocultos. Aunque revuelvan toda la casa, creo que no los encontrarán... Y bastante la ha revuelto el malvado. Le he oído de noche golpear en las paredes. ¡Busca, busca! Aunque no fuese más que el placer de verle alargar la nariz, me bastaría para tener paciencia... Falta saber quién decaerá primero de los dos, si él o yo. Estoy llena de desconfianza y no tomo nada de lo que él toca. Aunque yo reventase, no tendría los mil francos. Preferiría dejarlos enterrados.

La mujer cayó de nuevo sobre la silla, sin fuerzas, sacudida por otro sonido de bocina. Era Misard, que desde el umbral del puesto de vigilancia avisaba de la llegada de un tren que iba a Le Havre. A pesar de la obstinación en

que la mujer se encerraba de no dar la herencia, le tenía un miedo secreto, el miedo del coloso ante el insecto que lo roe. El tren anunciado, el mixto salido de París a las doce y cuarenta y cinco de la tarde, venía a lo lejos produciendo un ruido sordo al rodar sobre los raíles. Oíasele salir del túnel, resoplar más fuerte en el campo. Luego pasó con el trueno de sus ruedas, la masa de sus vagones y la invencible fuerza del huracán.

Jacques, levantando los ojos hacia la ventana, miró desfilar los vidrios cuadrados, donde se dibujaban perfiles de viajeros. Quiso desvanecer las ideas negras de Phasie, y repuso bromeando:

—Madrina, se queja usted de no ver jamás ni un gato en este rincón... ¡Pues ahí tiene usted gente!

Ella no comprendió en un principio.

—¿Dónde hay gente?... ¡Ah!, sí, esos que pasan. ¡Vaya una gracia! No se les conoce ni se puede hablar con ellos.

Jacques reía.

—Pues ya me conoce usted a mí y me ve pasar a menudo.

—A ti te conozco, y como sé la hora a la que llega tu tren, te veo en la máquina. Tú no haces más que pasar. Ayer hiciste así con la mano, pero no pude contestarte... No, no, ésa no es manera de ver a la gente.

Sin embargo, esta idea de la oleada de gente que los trenes arrastraban todos los días ante ella, en medio del gran silencio de su soledad, la dejaba pensativa, fija la mirada en la vía que iba borrándose entre las sombras de la noche. Cuando podía valerse, colocándose delante de la barrera, con la bandera empuñada, no pensaba jamás en estas cosas. Pero en sueños confusos, apenas formulados, le embrollaban la cabeza, desde que transcurría el tiempo

sentada en aquella silla, no teniendo en qué pensar, si no era en la lucha sorda que sostenía con su marido. Parecíale sarcástico vivir perdida en el fondo de aquel desierto, sin un alma a quien confiarse, cuando continuamente, de día y de noche, desfilaban tantos hombres y mujeres en la tempestad de trenes que conmovían la casa huyendo a todo vapor. A buen seguro que todo el mundo cruzaba por allí, no solamente franceses, sino también extranjeros, gentes venidas de las comarcas más lejanas, supuesto que nadie podía permanecer ahora en su casa, y que todos los pueblos, según se decía, no formarían pronto más que uno. Esto sí que era el progreso, todos hermanos, rodando todos juntos allá abajo, hacia un país de Jauja. Ella trataba de contarlos, término medio, a tantos por vagón: había muchos, y no lograba su deseo. Frecuentemente creía reconocer algunas caras, la de un señor de barba rubia, inglés sin duda, que cada semana hacía el viaje a París, y la de una señora morena, que pasaba regularmente el miércoles y el sábado. Pero los distinguía como un relámpago, y no estaba segura de haberlos visto, porque todos los rostros se le figuraban semejantes, desapareciendo los unos en los otros. El torrente corría no dejando huella de sí. Y lo que la ponía triste era que bajo aquel rodar continuo, bajo tanto bienestar y dinero que se paseaban, sentía que aquella multitud, siempre rugiente, ignoraba que ella estuviese allí en peligro de muerte, hasta tal punto que si su hombre concluía con ella alguna noche, los trenes continuarían cruzándose cerca de su cadáver, sin sospechar siquiera el crimen cometido en el fondo de su aislada casa.

Phasie se había quedado con los ojos fijos en la ventana, y resumió lo que experimentaba demasiado vagamente como para explicarlo con detenimiento.

—¡Ah!, es una hermosa invención, no se puede negar. Se camina con rapidez, sabemos más... Pero las fieras salvajes siguen siéndolo y por más que se inventen máquinas mejores todavía, siempre habrá fieras salvajes.

Jacques movió otra vez la cabeza para decir que pensaba como ella. Hacía un instante que estaba mirando a Flore ocupada en abrir la barrera, delante de un carro cargado con dos enormes piedras. El camino servía únicamente a las canteras de Becourt, de tal modo que por la noche la barrera se cerraba con una cadena, siendo raro que hiciesen levantar a la joven. Viendo a ésta hablar familiarmente con el carretero, un jovencillo moreno, exclamó Jacques:

—¡Toma! ¿Está malo Cabuche, que su primo Louis guía las caballerías?... Madrina, ¿ve usted a menudo a ese pobre Cabuche?

Ella levantó las manos sin responder, lanzando un profundo suspiro. Aquello era todo un drama del otoño último, que no podía mejorarla: su hija Louise, la menor, que estaba como criada en casa de la señora de Bonnehon en Doinville, se había escapado una noche, loca, herida, para ir a morir en casa de su buen amigo Cabuche, donde éste habitaba en pleno bosque. Habían corrido rumores, que acusaban de estupro al presidente Grandmorin, pero nadie se atrevía a repetirlo en voz alta. La misma madre, aunque supiera a qué atenerse, no quería tratar de este asunto. Sin embargo, acabó por decir:

—No, ya no viene; se ha convertido en un verdadero lobo... ¡La pobre Louise que era tan linda, tan blanca, tan agradable! ¡Cuánto me amaba! ¡Qué bien me hubiese cuidado! Mientras que Flore, ¡Dios mío!, no me quejo, pero es muy terca y sólo quiere hacer su santa voluntad, y tiene un carácter muy violento... Todo esto es bien triste.

Jacques, mientras escuchaba, seguía con los ojos el carro que, a la sazón, se atravesó en la vía. Pero las ruedas se enredaron en los raíles y fue preciso que el conductor hiciese crujir su látigo, mientras que Flore excitó a las caballerías con sus voces.

—¡Caramba! —exclamó el joven—. Dios quiera que no llegue un tren, porque los haría tortilla.

—¡Oh!, no hay peligro —repuso la señora Phasie—. Flore es temeraria algunas veces, pero conoce bien su oficio y abre el ojo... Gracias a Dios hace cinco años no experimentamos accidente alguno. Antes fue arrollado un hombre. Nosotros no hemos sufrido más que el atropello de una vaca, que por poco hace descarrilar un tren. ¡Ah, pobre animal! La cabeza se encontró en un lado, cerca del túnel, y el cuerpo en otro... Con Flore puede uno dormir a pierna suelta.

El carro había pasado dejando oír las profundas sacudidas de sus ruedas contra las piedras del camino. Entonces, Phasie volvió a su constante preocupación: la idea de la salud, tanto en los demás como en ella.

—¿Estás completamente bien ahora? ¿Te acuerdas de los padecimientos que tenías en nuestra casa y de los cuales nada comprendía el médico?

Jacques sufrió un desvanecimiento de la vista.

—Estoy muy bien, madrina —respondió.

—¡De veras! ¿Ha desaparecido todo? ¿Ese dolor que te atravesaba el cráneo por detrás de las orejas? ¿Los accesos de fiebre y la tristeza que te hacían ocultarte como una bestia en el fondo de su guarida?

A medida que hablaba, turbábase más Jacques, víctima de un malestar, y acabó por interrumpirla diciendo con voz débil:

—Le aseguro a usted que estoy muy bien, no tengo nada, nada en absoluto.

—¡Vamos, tanto mejor, hijo mío!... No habría de curarme yo porque tú estuvieses malo. Además, es natural que a tu edad tengas salud. ¡Ah!, no hay nada mejor que tener salud... Te has portado muy bien viniendo a verme cuando podías haber ido a otra parte a divertirte. Comerás con nosotros y te acostarás arriba en el granero, junto al cuarto de Flore.

Pero otra vez, un toque de trompeta le cortó la palabra. Ya era de noche y, al mirar por la ventana, sólo distinguieron confusamente a Misard hablando con otro hombre. Habían dado las seis y dejó encargado de su servicio al que lo reemplazaba de noche. Ya iba a quedarse libre después de las doce horas pasadas en aquella caseta, amueblada únicamente con una mesa donde estaban los aparatos, un taburete y un calorífero, cuyo calor demasiado fuerte obligaba a tener casi siempre la puerta abierta.

—¡Ay!, ya viene —murmuró la señora Phasie, llena de miedo.

El tren anunciado llegó, largo y pesado, con su rugido cada vez más perceptible. Y el joven tuvo que inclinarse para que le oyese la enferma, conmovido por el estado miserable en que la veía y deseoso de consolarla.

—Escuche usted, madrina. Si verdaderamente tiene malos propósitos, tal vez lo detenga el saber que ando yo de por medio... Haría usted bien en confiarme los mil francos.

Ella se rebeló otra vez.

—¡Mil francos! ¡Ni a ti ni a él!... ¡Te digo que prefiero reventar!

En aquel momento cruzó el tren, con su tempestuosa violencia, como si lo barriese todo delante de él. La casa retembló envuelta en una oleada de viento. Aquel tren, que iba a Le Havre, llevaba muchos viajeros, pues al día

siguiente, domingo había una fiesta, el lanzamiento de un navío. A pesar de la velocidad, por las vidrieras de las portezuelas se había podido ver las filas de las cabezas de los viajeros que llenaban los departamentos, filas que se sucedían, desapareciendo con rapidez vertiginosa. ¡Cuánta gente! ¡Otra vez la multitud, la multitud sin fin, en medio del rodar de los vagones, del silbar de las máquinas, del tictac del telégrafo y el tintineo de los timbres eléctricos! Aquello era como un gran cuerpo, un ser gigante acostado en tierra con la cabeza en París, las vértebras a lo largo de la línea, los miembros unidos por los topes y los pies y las manos en Le Havre y en otros puntos de llegada. Y seguía, seguía triunfal, marchando con rectitud matemática, en medio de la ignorancia voluntaria de cuanto había de humano en los dos lados del camino: la eterna pasión y el eterno crimen.

Flore entró la primera, encendió una lamparita de petróleo sin pantalla y puso la mesa. Nadie pronunció una palabra. Sobre el hogar calentábase una sopa de coles. Estaba Flore sirviéndola, cuando Misard entró a su vez, sin manifestar sorpresa por encontrar allí al joven. Un apretón de manos, tres breves palabras, nada más. Jacques tuvo que repetir espontáneamente la historia de la biela rota, su idea de venir a ver a su madrina y quedarse a dormir allí. Misard se contentó con mover la cabeza, como si lo hallase todo perfectamente, y se sentaron, empezando a comer sin prisa y en silencio. Phasie, que desde por la mañana no había quitado los ojos de la olla donde hervía la sopa de coles, aceptó un plato. Su marido se había levantado para darle el agua de hierro, olvidada por Flore, una garrafa llena de clavos; pero ella no la probó. Misard, enclenque, con su maligna tos, no parecía observar las ansiosas miradas con que Phasie seguía sus menores movimientos.

Como pidiese sal, que no había en la mesa, díjole él que, tendría que arrepentirse de comer tanta, pues esto era lo que la ponía mala; y se levantó trayendo una poca en una cuchara, aceptándola ella sin desconfianza, porque la sal lo purificaba todo, según decía. Entonces hablaron del tiempo verdaderamente tibio que hacía aquellos días y de un descarrilamiento acaecido en Maromme. Jacques acabó por creer que su madrina tenía pesadillas despierta, pues no sorprendía nada en aquel escrúpulo de hombre de indecisa mirada. Tardaron más de una hora en comer. Cuatro veces a la señal de la trompeta había salido Flore un momento. Los trenes pasaban sacudiendo los vasos sobre la mesa, pero ninguno de los comensales se fijaba en ello.

Se oyó un nuevo toque de trompeta, y esta vez Flore, que acababa de limpiar la mesa, no volvió. Dejaba a su madre y a los dos hombres sentados a la mesa delante de una botella de aguardiente de cidra. Los tres permanecieron allí media hora todavía. Luego, Misard, que hacía un instante había fijado sus ojos en un rincón de la estancia, cogió su gorra y salió dando las buenas noches. Merodeaba en los arroyuelos vecinos, donde había muchas anguilas, y nunca se acostaba sin ir a visitar el fondo de dichos arroyuelos.

En cuanto Misard se fue, dirigió Phasie una mirada a su ahijado diciéndole:

—¿Le has visto? ¿Le has visto registrar con la mirada aquel rincón?... Es que se le ha ocurrido la idea de que yo podía haber ocultado mi bolsa detrás del puchero de manteca... ¡Ah!, le conozco bien, estoy segura de que esta noche separará el puchero para enterarse.

Su cuerpo se había cubierto de un copioso sudor y sus miembros se agitaban convulsos.

—¡Mira! ¡Eso está ahí todavía! Debe de haberme envenenado, porque siento la boca amarga como si hubiese saboreado monedas de cobre viejo. Dios sabe, sin embargo, que nada he tomado de sus manos... Esta noche no puedo más: mejor es que me acueste. Adiós, hijo mío, porque si te vas mañana a las siete y veintiséis será demasiado temprano para mí. Volverás, ¿no es eso?, y esperemos que todavía esté yo en pie.

Jacques tuvo que ayudarla a entrar en su cuarto, donde se acostó, quedándose dormida, sin fuerzas. En cuanto se vio solo, dudó si subir a echarse sobre el heno que le esperaba en el granero. Pero no eran más que las ocho menos cuarto y tiempo le quedaba de dormir. Salió a su vez, dejando encendida la lamparilla de petróleo en la casa vacía y soñolienta, conmovida de vez en cuando por algún tren.

Fuera ya, empezó a sentir los efectos de la suavidad del ambiente. Sin duda iba a llover más. En el cielo una nube lechosa, uniforme, se había extendido, y la luna llena, que no se veía, oculta detrás de la nube, aclaraba toda la bóveda celeste con un color rojizo. También se distinguía claramente el campo, cuyas tierras y eminencias y cuyos árboles se destacaban negros en medio de aquella luz igual y mortecina, como seres insomnes. Jacques dio la vuelta a la reducida huerta. Después pensó marcharse hacia Doinville, porque allí la subida del camino era menos áspera. Pero la vista de la casa solitaria, construida de cualquier manera al otro lado de la línea, lo atrajo, y atravesó la vía pasando por la empalizada, pues la barrera no estaba abierta por la noche. Esta casa conocía él perfectamente y la miraba en todos los viajes, en medio del rugido de su veloz máquina, molestándole sin que supiese por qué, con la sensación confusa que producía en su existencia. Primero experimentaba como miedo de no volver a encontrarla

allí, y después cierto malestar al verla en su sitio. Siempre distinguió cerradas sus puertas y ventanas. Todo lo que le habían dicho de ella era que pertenecía al presidente Grandmorin, y aquella noche sintió deseo irresistible de pasearse en sus alrededores para averiguar algo más.

Jacques permaneció un rato parado en el camino frente a la verja. Retrocedía y se alzaba sobre las puntas de los pies, tratando de observar. El camino de hierro, al cortar el jardín, no había dejado delante de la casa más que un estrecho parterre cerrado por tapias; detrás se extendía un vasto terreno rodeado por un seto vivo. Ofrecía en su abandono cierto aspecto de lúgubre tristeza, con el reflejo rojizo de aquella nebulosa noche. Disponíase Jacques a alejarse, sintiendo un escalofrío, cuando notó que había un agujero en el seto. La idea de que sería cobarde si no entraba le hizo pasar por el agujero. Su corazón latía violentamente. Pero en seguida se detuvo al ver una sombra agazapada.

—¡Cómo! ¿Eres tú? —exclamó asombrado al reconocer a Flore—. ¿Qué haces aquí?

También ella sintió un estremecimiento de sorpresa. Repuesta luego, dijo tranquilamente:

—Ya lo ves, estoy cogiendo cuerdas..., han dejado un montón y se pudrirían sin servir a nadie. Por eso yo, que las necesito, vengo por ellas.

En efecto, con unas grandes tijeras en la mano, sentada en el suelo, estaba Flore desenredando las lías de cuerdas y cortando los nudos que se resistían.

—¿No viene el propietario? —preguntó el joven.

Ella se echó a reír.

—¡Oh! Desde la cuestión de Louissette no hay cuidado de que el presidente se atreva a asomar la punta de su nariz por la Croix-de-Maufras. Puedo cogerle sus cuerdas sin cuidado.

Jacques calló un momento, turbado por el recuerdo de la trágica aventura que evocaba.

—Y tú, ¿crees lo que Louise ha contado? ¿Crees que él haya querido violarla y que luchando es como se ha herido ella?

Flore exclamó bruscamente, dejando de reírse:

—Louise nunca ha mentido, ni Cabuche tampoco...

Es amigo mío.

—Y tal vez tu novio a estas horas.

—¡Él! Habría que ser una famosa ramera... ¡No, no!, es mi amigo; yo no tengo novio ni quiero tenerlo.

Flore había erguido su poderosa cabeza, cuyo espeso vellón le dejaba descubierto poco espacio de frente; y en todo su robusto ser se manifestaba una salvaje energía de voluntad. Ya era la heroína de una leyenda en el país. Contábanse historias de salvamentos: una carreta retirada de la vía al pasar un tren; un vagón detenido cuando bajaba solo galopando como bestia feroz al encuentro de un expés por la cuesta de Barentin. Y estas pruebas de fuerza asombraban, haciendo que los hombres desearan a Flore, tanto más cuanto que la creyeron fácil en un principio, porque andaba por los campos, buscando los rincones más apartados y echándose en el fondo de las cuevas, con los ojos abiertos e inmóvil. Pero los primeros que se habían arriesgado no volvieron a sentir gana de comenzar la aventura. Como le gustaba bañarse desnuda en un vecino arroyo, algunos pilluelos de su edad habían ido a verla; pero logró coger a uno de ellos, y sin tomarse siquiera el cuidado de ponerse la camisa, lo vapuleó de tal modo que ya nadie iba a observarla. En fin, esparcíase el murmullo de una historia con cierto guardagujas del empalme de Dieppe, acaecida al otro lado del túnel; un tal Ozil, muchacho de treinta años, muy honrado, a quien ella

pareció dar algunas esperanzas, pero que, habiendo tratado de violentarla cierta noche, por poco le deja muerto de un garrotazo. Era virgen y guerrera, desdenosa de varón, lo que acabó por convencer a las gentes de que tenía la cabeza extraviada.

Al oírle declarar que no quería novios, Jacques continuó sus zumbas.

—Entonces, ¿no se realiza tu casamiento con Ozil? Yo había oído decir que todos los días andabas buscándole por el túnel.

Ella se encogió de hombros.

—¡Ah!, mi casamiento... Me hace gracia lo del túnel. Dos kilómetros y medio de galopar a oscuras, con el miedo de que un tren aplaste a una si no abre bien el ojo. ¡Hay que oír a los trenes allá abajo!... Me tiene aburrida ese Ozil. Ya no es a él a quien quiero.

—¿Quieres, pues, a otro?

—¡Ah!, no lo sé...

Y soltó una carcajada, mientras un fuerte nudo que no podía deshacer reclamaba toda su atención. Luego, sin levantar la cabeza, como absorta por su tarea, dijo:

—Y tú, ¿no tienes novia?

Jacques a su vez se puso serio. Sus ojos se extraviaron, fijándose a lo lejos en la noche. Después respondió con brevedad:

—No.

—Eso es, ya me han contado que odias a las mujeres. Además, no te conozco de ayer; jamás nos has dirigido una palabra amable... ¿Por qué? Dime.

Jacques continuaba callado, y Flore, abandonando el nudo, se decidió a mirarle.

—¿Es que sólo quieres a tu máquina? Se dicen muchas cosas respecto de eso, ¿sabes? Dicen que estás siempre en

la frontera haciéndola relucir, como si sólo tuvieses caricias para ella... Yo te lo digo porque soy amiga tuya.

Él también la miraba ahora a la panda claridad del nebuloso cielo. Y se acordaba de ella cuando era pequeña, violenta y voluntariosa, saltándole al cuello en cuanto lo veía, sintiendo por él una pasión de niña salvaje. Después fue perdiéndola de vista, encontrándola cada vez más crecida, pero recibiendo siempre del mismo modo y acosándole más y más con la llama de sus claros ojos. A la sazón era una soberbia mujer, codiciable; y sin duda le quería hacía mucho tiempo, desde su niñez. Su corazón comenzó a latir, presintiendo repentinamente que aquella mujer le amaba con pasión. Trastornaban su cabeza oleadas de sangre, y su primer movimiento fue huir. El deseo le había vuelto loco siempre; todo lo veía rojo.

—¿Qué haces ahí de pie? Siéntate.

Él vaciló de nuevo. Luego, vencido por la necesidad de gustar otra vez del amor, flaqueándole las piernas, dejóse caer junto a ella sobre el montón de cuerdas. No hablaba, tenía seca la garganta. A la sazón era Flore la orgullosa, la seria, quien hablaba por los codos, aturdiéndose a sí misma.

—¿Ves qué mal hizo mi madre casándose con Misard? Siempre le jugará alguna mala partida... Yo me lavo las manos, porque bastante tiene una con sus quehaceres, ¿no es verdad? Además, mi madre me envía a acostar en cuanto quiero intervenir... ¡Que se desenrede ella! Yo vivo fuera pensando en cosas para más tarde... ¡Ah! Te vi pasar esta mañana en tu máquina, desde esos matorrales de allí abajo, donde estaba sentada. Pero tú no miras nunca... Ya te diré las cosas en que pienso, pero no ahora, más tarde, cuando seamos amigos del todo.

Había dejado caer las tijeras y él, siempre mudo, se apoderó de sus dos manos. Ella, encantada, se las entregaba.

Sin embargo, cuando Jacques se las llevó a los labios, Flore sufrió un estremecimiento de virgen. La guerrera se despertaba batalladora a esta primera aproximación del hombre.

—¡No, no!, déjame, no quiero... Estate quieto, hablemos... Los hombres no pensáis más que en eso. ¡Ah!, si yo te repitiese lo que Louissette me contó el día que murió en casa de Cabuche... Por lo demás, ya estaba yo enterada de lo que es el presidente, porque le he visto hacer algunas porquerías cuando venía aquí con ciertas muchachas... Hay una de quien nadie sospecha... La ha casado después.

Jacques no escuchaba. Habíala abrazado brutalmente y deshacía su boca contra la de ella.

Flore lanzó un débil grito, una queja más bien, profunda y dulce, donde estallaba la confesión de su ternura, oculta durante mucho tiempo; pero seguía luchando, a pesar de que lo deseaba. Sin proferir palabra, pecho contra pecho, forcejeaban a ver quién caía primero. Un instante pareció ser ella la más fuerte; habría podido tirar a Jacques debajo de sí, a no ser porque éste la agarró del cuello. Saltó el corpiño y aparecieron los dos pechos, duros, blancos como la leche. Flore cayó de espaldas, vencida.

Entonces él, jadeante, con los miembros agitados por un temblor nervioso, se detuvo mirándola en vez de poseerla. Un furor súbito pareció apoderarse de Jacques, una ferocidad que le hacía buscar con los ojos un arma, una piedra, cualquier cosa con que matarla. Sus miradas encontraron las tijeras brillando entre los montones de cuerdas, y se apoderó de ellas, para hundirlas en aquella desnuda garganta, entre los dos pechos de sonrosados pezones. Pero un frío horrible le congelaba los miembros; arrojólas y huyó, mientras que ella, con los párpados cerrados, creía que la rechazaba a su vez por haberse resistido.

Jacques subió corriendo por el sendero de una cuesta y fue a parar al fondo de un estrecho valle. Las piedras que rodaban a su paso le asustaron, y tomó a la izquierda por entre varias malezas, volviendo un recodo que lo arrojó a la derecha sobre una meseta vacía. De pronto resbaló y fue a dar contra la valla del camino de hierro. Llegaba un tren, y no lo notó en un principio, lleno de espanto como se hallaba.

¡Ah, sí! ¡Era el continuo oleaje humano que pasaba mientras él estaba agonizante allí! Trepó y bajó de nuevo, encontrándose siempre con la vía en el centro de profundas zanjaz. Aquel desierto país, cortado por montecillos, era como un laberinto sin salida, donde se agitaba su locura en medio de terrenos incultos. Después de recorrer durante algunos minutos las pendientes, vio delante de sí la negra abertura, la boca abierta del túnel. Un tren ascendente se precipitaba por él, bramando, silbando y haciendo retemblar el terreno.

Entonces flaqueáronle las piernas, cayó Jacques al borde de la línea, de bruces sobre la hierba, prorrumpiendo en sollozos convulsivos. ¡Dios mío! ¿Le habría vuelto aquel abominable mal de que se creía curado? ¿Había querido matar a una muchacha! ¡Matar a una mujer, matar a una mujer! Y ésta resonaba en sus oídos, desde el fondo de su juventud, con la fiebre creciente, enloquecedora del deseo. Así como otros, al despertar de la puBerthed, sueñan con el deseo de poseer una mujer, él se excitaba ante la idea de matarla. Porque no podía engañarse, había cogido las tijeras para clavarlas en el pecho de Flore, en cuanto vio aquellas carnes, aquel seno tibio y blanco. ¡Y no por cólera, no!, era por gusto, porque había sentido deseos de ello, deseos tales que si no se hubiera agarrado desesperadamente a la hierba habría vuelto corriendo para asesinarla.

A ella, ¡santo cielo!, a la joven que él había visto crecer, y por la cual acababa de sentirse amado profundísimamente. Sus crispados dedos penetraron en la tierra y los sollozos le desgarraron la garganta, en un acceso de espantosa desesperación.

Esforzábale en recobrar la calma, queriendo comprender el misterio. ¿Qué tenía él que lo diferenciaba de los demás? Allí abajo, en Plassans, en su juventud, ya se había dirigido la misma pregunta varias veces. Su madre Gervaise le tuvo muy joven, a los quince años y medio; fue el segundo, pues había parido a Claude cuando apenas tenía catorce años; y ninguno de sus dos hermanos, ni Claude ni Étienne, nacido después, parecía que se resistieran de haber tenido una madre tan joven y un padre tan mozo como ella, el apuesto Lantier, cuyo mal corazón tantas lágrimas costó a Gervaise. Tal vez sus hermanos sentían algún mal que no confesaban; el mayor, sobre todo, ardía en deseos de ser pintor, tan rabiosamente que todos le creían medio loco. La familia no estaba bien equilibrada, muchos de sus individuos tenían una lesión cerebral. Él, a ciertas horas, notaba esta lesión hereditaria; no porque tuviese mala salud, pues la aprensión y la vergüenza de sus crisis eran las únicas causas de que hubiera adelgazado en otro tiempo, pero había en su ser repentinas pérdidas de equilibrio, como roturas, agujeros, por los cuales el «yo» se escapaba en medio de una especie de gran humareda que lo formaba todo. Jacques no se pertenecía a sí mismo, obedecía a sus músculos, a la fiera enfurecida. Sin embargo no bebía, rehusaba hasta una copa de aguardiente, porque observó que la menor gota de alcohol le volvía loco. Y vino a caer en la cuenta de que pagaba por los demás; por los padres, por los abuelos, generaciones de borrachos que tenían la sangre gangrenada, sintiendo él ahora un lento envenenamiento,

un salvajismo, que lo semejaba a los lobos devoradores de mujeres en el fondo de los bosques. Jacques se había apoyado sobre un codo, reflexionando, mirando la negra entrada del túnel, y un nuevo sollozo recorrió todo su ser, cayó de nuevo dando con la cabeza en tierra, lanzando gritos de dolor. ¡Aquella muchacha, aquella muchacha que había querido matar! Esta idea le acosaba, aguda y terrible como si las tijeras le hubieran entrado en sus propias carnes. Ningún razonamiento bastaba para tranquilizarle, había querido matarla y la mataría si todavía se hallase en el mismo sitio, desceñida, con el seno descubierto. Jacques no lo olvidaba nunca: apenas tenía dieciséis años cuando le sorprendió el mal por primera vez, jugando con una muchacha, hija de un pariente, dos años menor que él: la muchacha se cayó, y al verle él las piernas se echó encima. También recordaba que al año siguiente afiló un cuchillo para hundirlo en el cuello de una graciosa rubia a quien veía pasar todas las mañanas por su puerta. Ésta tenía el cuello grueso y sonrosado, donde Jacques elegía el sitio, y una señal oscura detrás de la oreja. Luego fueron otras. Una hilera que presentaba ante su recuerdo, como horrible pesadilla, todas aquellas a quienes había hablado con su deseo brutal de asesino. Había una principalmente, a quien sólo conocía por estar sentada junto a él en el teatro, y de la cual tuvo que huir por no destriparla. Supuesto que no las conocía, ¿qué furor podía tener contra ellas? Y sin embargo, aquello era como una crisis repentina de rabia ciega, como una inagotable sed de vengar antiguas ofensas, de las cuales hubiese perdido el recuerdo exacto. ¿Procedía esto del mal que las mujeres habían causado en su generación, del rencor acumulado de hombre en hombre, desde el primer engaño en el fondo de las cavernas? Y sentía también en su acceso una necesidad de

batallar para conquistar la hembra y domarla, la necesidad perversa de echarse la muerta a la espalda cual un botín que se arranca a los demás para siempre. Su cráneo estallaba bajo el esfuerzo. No lograba darse contestación satisfactoria, demasiado ignorante, en aquella agonía de hombre impelido a cometer actos en que su voluntad no tomaba parte, y cuya causa había desaparecido en él.

Otro tren pasó con el relámpago de sus luces y se internó, como el rayo que ruge y se extingue, en el fondo del túnel; y Jacques, cual si aquella muchedumbre anónima, indiferente y oprimida hubiese podido oírle, se levantó ahogando sus sollozos, tomando una actitud inofensiva. ¡Cuántas veces, a continuación de uno de estos accesos, sintió los sobresaltos de un culpable, al menor ruido! No vivía tranquilo, feliz, desligado del mundo, sino estando en la máquina. Al llevarle en la trepidación de sus ruedas, con gran velocidad, cuando Jacques tenía puesta la mano sobre el volante de marcha, absorbido enteramente por la vigilancia de la vía, mirando las señales, no pensaba ya y respiraba libre el aire puro que soplaba siempre como aire de tormenta. Y por esto amaba a su máquina como si fuese una querida de la cual sólo esperase la felicidad. Cuando salió de la escuela de artes había elegido este oficio de maquinista, a pesar de su viva inteligencia, por causa de la soledad y aturdimiento en que vivía sin ambiciones, llegando en cuatro años a maquinista de primera clase y ganando ya dos mil ochocientos francos; lo cual, con las primas de calefacción y engrasamiento, ascendía a más de cuatro mil, término de sus deseos. Veía a sus compañeros de segunda y tercera clase, a los que formaban la compañía, a los obreros a quienes tomaba como discípulos, casarse casi todos con obreras, con mujeres a quienes solamente se distinguía a la hora de partir, cuando llevaban las cestas

de la comida; mientras que los colegas ambiciosos, sobre todo los que salían de alguna escuela, esperaban a ser jefes de depósito para casarse, con la esperanza de encontrar una señora de sombrero. Él huía de las mujeres, ¡qué le importaban! No se casaría nunca, no tenía otro porvenir que rodar solo, ahora y siempre, sin descanso. Todos sus jefes lo presentaban como un maquinista excepcional, que no bebía ni se mezclaba en aventuras, siendo solamente objeto de zumbas de parte de sus compañeros por el exceso de su buena conducta, e inquietando silenciosamente a los demás cuando caía en sus tristezas, mudo, lánguido y terrosa la faz. En su cuartito de la calle de Cardinet, desde donde se divisaba el depósito de Batignolles, al cual pertenecía su máquina, ¡cuántas horas recordaba haber pasado; como el monje dentro del fondo de la celda, dominando la revolución de sus deseos a fuerza de sueño, durmiendo boca abajo!

Haciendo un esfuerzo, intentó Jacques levantarse. ¿Qué hacía allí, en la hierba, en aquella tibia y nebulosa noche de invierno? El campo seguía anegado en sombras, no había más luz que la del cielo; la niebla fría semejaba una inmensa cúpula de cristal esmerilado, que la luna, oculta detrás, alumbraba con un pálido reflejo amarillento, y el horizonte negro dormía con la inmovilidad de la muerte. Debía de ser cerca de las nueve; lo mejor era irse a la casa y acostarse. Pero en su atolondramiento soñó verse de vuelta en casa de los Misard, subiendo la escalera del granero, y echándose sobre el heno junto al cuarto de Flore. Allí estaría ella; Jacques la oiría respirar; hasta sabía que jamás cerraba la puerta y podría reunirse con ella. Un gran escalofrío recorrió su cuerpo; la imagen evocada de aquella muchacha desnuda, con los miembros abandonados y tibios por el sueño, le sacudió una vez

más con un sollozo, cuya violencia le arrojó de nuevo al suelo. Había querido matarla, ¡horrible obsesión! Jacques agonizaba ante la idea de que iría a darle muerte en el lecho dentro de poco si volvía a la casa. Por más que no tuviese arma alguna, por más que hiciese esfuerzos para contenerse, comprendía que la bestia, fuera de su voluntad, empujaría la puerta y estrangularía a la muchacha bajo el impulso del rapto instintivo y de la necesidad de vengar la antigua injuria. ¡No, no! ¡Antes pasar la noche errando por los campos que volver allá! Habíase levantado de un salto y echó a correr.

Entonces, durante media hora, anduvo errante a través del negro campo, como si la jauría desencadenada de los espantos le hubiese perseguido con sus ladridos. Subió cuestas y bajó estrechas cañadas. Uno tras otro, presentáronse arroyos a su paso, pero él los franqueó mojándose hasta las caderas. Unas malezas que le cortaban el camino lo exasperaron. Su único pensamiento era caminar en línea recta, lejos, más lejos cada vez para huir de la bestia enfurecida que sentía dentro de sí. Pero la bestia iba consigo, galopaba al compás de él. Hacía siete meses que llevaba una existencia como cualquier mortal, creyendo estar ya libre de la fiera, y ahora volvía a empezar la lucha para no saltar sobre la primera mujer que hallara en su camino. Sin embargo, el profundo silencio, la inmensa soledad, le tranquilizaban un poco, hacíanle soñar con una vida muda y desierta como aquel aislado país, en medio de la cual caminaría siempre fuera de los senderos transitados, sin encontrar jamás un alma. Tuvo, sin embargo, que volverse a pesar suyo, porque al otro lado tropezó con la vía, después de haber descrito un ancho semicírculo, entre las desiguales pendientes que hay debajo del túnel. Retrocedió, con inquieta cólera,

temiendo encontrar seres vivientes. Luego quiso cortar por detrás de un montecillo, perdióse y volvió a tropezar con la valla del camino de hierro, precisamente a la salida del subterráneo, frente al prado donde había estado sollozando poco antes. Y, vencido, encontrábase allí de pie, cuando el trueno de un tren que salía del seno de la tierra lo detuvo. Era el exprés de Le Havre, salido de París a las seis y treinta, que pasaba por aquellos sitios a las nueve y veinticinco: un tren que cada dos días estaba él encargado de conducirlo.

Jacques vio primero aclararse la negra boca del túnel como la de un horno donde se abrasan trozos de leña. Después, en medio del estruendo que producía, apareció la máquina, con el deslumbramiento de su inmenso ojo redondo. La linterna delantera, cuya luz agujereó las tinieblas del campo, encendió a lo lejos los raíles con una doble línea de fuego. Aquello era una aparición como un relámpago, con los cuadrados vidrios de las portezuelas profusamente alumbrados, haciendo desfilir los departamentos llenos de viajeros, en vértigo tal de velocidad, que la vista se perdía sin distinguir claramente las imágenes. En aquel momento preciso, Jacques vio por los relucientes cristales de una berlina a un hombre que sujetando a otro tumbado sobre el asiento le clavaba una navaja en la garganta, mientras una masa negra, tal vez una tercera persona, tal vez una maleta caída, gravitaba con todo su peso sobre las convulsas piernas del asesinado. El tren huía, se perdía hacia la Croix-de-Maufras, no dejando ver de él, en las tinieblas, más que el triángulo rojo de los faroles traseros.

Clavado en tierra, el joven seguía con sus ojos el tren, cuyo rugido se apagaba en el fondo de la paz mortal de los campos. ¿Había visto bien? Dudaba, sin embargo; no se atrevía a afirmar con verdad la realidad de esta visión

traída y llevada en un relámpago. Ni un rasgo sólo de los dos actores del drama se le había quedado impreso en la imaginación. La masa oscura debía de ser una manta de viaje, caída al través del cuerpo de la víctima. No obstante, creyó en un principio haber distinguido, bajo espesa cabellera, un delicado y pálido perfil, pero todo se confundía y evaporaba como en un sueño. Un instante, evocado el perfil reapareció: luego borróse definitivamente. Aquello no era sin duda más que una ilusión. Y todo esto le helaba, parecíale tan extraordinario, que casi concluía por creer en una alucinación, nacida de la espantosa crisis que acababa de atravesar.

Durante cerca de una hora, Jacques continuó vagando con la mente trastornada por confusos fantasmas. Estaba fatigadísimo y la fiebre que antes sintiera había cedido a un glacial frío interior. Sin darse cuenta de ello, acabó por tomar el camino que conduce a la Croix-de-Maufras, y así que hubo llegado junto a la casa del guardagujas, se detuvo, pensando en quedarse a dormir bajo el estrecho soportal; pero le llamó la atención un rayo de luz que pasaba por la rendija de la puerta, y la empujó maquinalmente. Un espectáculo inesperado le dejó en el umbral inmóvil.

Misard, en el rincón, había apartado el puchero de manteca, y a gatas por el suelo, con una linterna encendida puesta junto a sí, buscaba en la pared, examinándola por medio de leves golpes dados con el puño. Por lo demás, no se turbó nada y dijo con naturalísimo acento:

—Se me han caído unas cerillas.

Y, cuando hubo colocado en su sitio el puchero de manteca, añadió:

—He traído la linterna, porque al entrar hace poco, he visto a un hombre tendido en la vía... Creo que está muerto.

Jacques, a quien en un principio le había asaltado la idea de que Misard estaba ocupado en buscar el bolsillo de la señora Phasie, convirtiéndose en certeza sus dudas acerca de las acusaciones formuladas por esta última, sintióse tan impresionado por la noticia, que se olvidó del otro drama, el que se representaba allí, en aquella casita perdida. La escena de la berlina, la visión tan fugaz de un hombre degollando a otro, acababa de renacer.

—¡Un hombre en la vía! ¿Dónde? —preguntó palideciendo.

Misard iba a contarle que le había visto al traer dos anguilas que quería ocultar en su casa. Pero ¿tenía necesidad de confiarse a este muchacho? Así, pues, se contentó con responder:

—Allí abajo, como a quinientos metros... Hay que ver claro, para saber a qué atenerse.

En aquel momento oyó Jacques un leve ruido sobre su cabeza. Tan ansioso estaba que se sobrecogió.

—No es nada —manifestó Misard—. Flore, que se mueve.

Y el joven conoció, en efecto, el ruido de dos pies desnudos pisando el suelo. Se conoce que Flore había estado esperándole y venía a escuchar por la rendija de la puerta.

—Le acompañaré a usted. ¿Y está usted seguro de que está muerto?

—¡Caramba!, eso me parece. Con la linterna saldremos de dudas.

—¿Y qué le parece a usted? Un accidente, ¿no es eso?

—Puede. Algún mozo que habrá querido morir aplastado, o quizá algún viajero que se habrá tirado del vagón.

Jacques se estremeció.

—¡Venga usted pronto! ¡Venga usted pronto!

Jamás le había agitado semejante fiebre de ver. Fuera ya, mientras que su compañero seguía tranquilo por la vía, balanceando la linterna, cuyo círculo de claridad se deslizaba levemente sobre los raíles, corría él delante, irritado por tanta lentitud. Su anhelo era como un deseo físico, como el fuego interior que acelera el andar de los amantes en las horas de cita. Tenía miedo de lo que le esperaba allá abajo y volaba, no obstante, con toda la velocidad de sus musculosas piernas. Cuando llegó, sintióse sacudido de pies a cabeza por un estremecimiento nervioso. Y su agonía por no ver nada claramente se tradujo en juramentos contra el otro, que venía rezagado treinta pasos más atrás.

—¡Por vida de Dios! ¡Acabe usted de llegar! Si viviese todavía podríamos socorrerlo.

Misard llegó con su habitual calma, y cuando hubo paseado la linterna por encima del cuerpo, exclamó:

—¡Ah!, está muerto.

Aquel hombre, arrojado sin duda de un vagón, estaba boca abajo, con el rostro pegado al suelo, a unos cincuenta centímetros de los carriles. No se veía de la cabeza más que una espesa corona de cabellos blancos. Las piernas se hallaban separadas y el brazo derecho yacía como desprendido, mientras que el izquierdo permanecía doblado debajo del pecho. Estaba muy bien vestido: llevaba un amplio paletó de paño azul, y sus pies calzados con elegantes botinas. El cuerpo no presentaba señales de fuerte contusión, pero mucha sangre había salido de la garganta y manchaba el cuello de la camisa.

—Un caballero a quien han despachado —dijo tranquilamente Misard, pasados algunos segundos de silencioso examen.

Luego, volviéndose hacia Jacques, que se hallaba inmóvil, estupefacto, prosiguió:

—No hay que tocarlo, está prohibido... Quédese usted aquí custodiándolo, mientras yo voy a Barentin a dar parte al jefe de estación.

Levantó la linterna, y miró a un poste kilométrico.

—¡Bueno! Precisamente en el poste ciento cincuenta y tres.

Y dejando la linterna en el suelo se alejó despacio.

Jacques, solo ya, no se movía, mirando sin cesar a aquella masa inerte, que la vaga claridad rasante con el suelo hacía confusa. Y la agitación que había precipitado su marcha, el horrible atractivo que lo detenía allí, le conducían a este punzante pensamiento que brotaba de todo su ser: ¡El otro, el hombre de la navaja se había atrevido! ¡Había llegado hasta el fin de su propósito! ¡Había matado! ¡Ah, no ser cobarde, satisfacerse, clavar la navaja! ¡A él, que lo devoraba el deseo hacía diez años! Había en su fiebre un desprecio de sí mismo, cierta admiración por el otro, y sobre todo, el deseo de ver aquello, la inextinguible sed de satisfacer los ojos con el pingajo humano, con el muñeco en que la navaja convierte a una criatura.

El matador había realizado lo que él soñaba. Si él matase tendría aquello en tierra. Saltábasele el corazón del pecho; su prurito de asesino se exasperaba como una concupiscencia ante el espectáculo de aquella trágica muerte. Y dio un paso, y se acercó más, como un niño nervioso que se familiariza con el miedo. ¡Sí!, él se atrevería, ¡él también se atrevería!

Pero un rugido detrás de su espalda le obligó a echarse a un lado. Llegaba un tren; no lo había oído hasta entonces, absorto en su contemplación. Iba a ser triturado; el cálido aliento, el sople formidable de la

máquina acababa de advertírselo. Y el tren pasó, envuelto en su huracán de ruido, de humo y de luz. Iba lleno de gente; la ola de viajeros continuaba hacia Le Havre para la fiesta del día siguiente. Un niño se aplastaba la nariz contra los cristales, mirando el negro campo; algunos perfiles de hombres se dibujaban, y una joven, bajando el cristal, arrojó un papel manchado de aceite y azúcar. El alegre tren se perdía a lo lejos, indiferente a aquel cadáver que había rozado con sus ruedas y cuyo cuerpo yacía en tierra vagamente alumbrado por la linterna, única claridad que se destacaba en la inmensa paz de la noche.

Entonces experimentó Jacques el deseo de ver la herida, mientras permanecía solo. Únicamente le detenía la idea de que, si tocaba la cabeza, lo notarían tal vez. Había calculado que Misard no podría estar de vuelta con el jefe de estación antes de tres cuartos de hora. Y dejaba pasar los minutos pensando en Misard, en ese enteco, tan calmoso, que se atrevía también a matar tranquilamente, a fuerza de drogas. ¡Cuán fácil era matar! Acercóse otra vez; la idea de ver la herida lo aguijoneaba de tal modo que sus carnes ardían. ¡Ver cómo había sido hecho aquello! ¡Ver el agujero rojo! Volviendo a colocar con cuidado la cabeza, nadie lo notaría. Pero le quedaba otro temor, que no se confesaba en el fondo de su vacilación: el miedo a la sangre. Siempre sentía unidos el espanto con el deseo. Pasó un cuarto de hora más, y ya iba a decidirse, cuando un leve ruido a su lado le hizo entremecerse.

Era Flore, que se hallaba de pie, mirando como él. Tenía curiosidad por ver los accidentes: en cuanto se anunciaba el atropello de alguna persona o de cualquier animal, no había posibilidad de que Flore dejase de ir. Ahora quería ver el muerto de que su padre hablaba. Y después de la primera ojeada, no vaciló. Bajándose y

tomando la linterna con una mano, levantó y dejó caer en seguida con la otra la cabeza del que yacía a sus pies.

—¡Aparta, que eso está prohibido! —murmuró Jacques.

Pero ella se encogió de hombros. Y la cabeza se veía en la claridad amarillenta; una cabeza de anciano, con nariz grande y ojos azules y rasgados. Bajo la barbilla, manaba sangre la herida: una profunda cuchillada que había cortado la garganta, una herida dentro de la cual debió de revolverse varias veces la cuchilla. El lado derecho del cuerpo estaba inundado de sangre. A la izquierda, en el ojal superior del paletó, la roseta de oficial de la Legión de Honor parecía un coágulo rojo extraviado.

Flore lanzó un leve grito de sorpresa.

—¡Pero si es el viejo!

Jacques, inclinado como ella, se acercaba mezclando sus cabellos con los del muerto para ver mejor; se sentía ahogado ante aquel espectáculo. Inconscientemente, repitió:

—¡El viejo!, ¡el viejo!...

—Sí, el viejo Grandmorin... El presidente.

Examinaron un momento aquella pálida faz, con la boca torcida y los ojos espantados; luego soltaron la cabeza que la rigidez cadavérica comenzaba a helar, y volvió a caer sobre el suelo, tapando la herida.

—¡Acabó de jugar con las muchachas! —repuso Flore más bajo—. Seguramente le ha sucedido esto por causa de alguna... ¡Ah, pobre Louissette! ¡Bien empleado le está al muy cochino!

Reinó un largo silencio. Flore, que había dejado la linterna, esperaba, dirigiendo a Jacques sus miradas, mientras que éste, separado de ella por el muerto, no se había movido, como anonadado por lo que acababa

de ver. Debía de ser cerca de las once. Flore esperó todavía algunos minutos, asombrada del silencio que él guardaba. Después de la escena habida por la tarde, encontrábase cohibida y no podía hablar primero. Pero un ruido de voces se oyó: era su padre que venía con el jefe de estación; y no queriendo que la viese, se decidió a preguntar a Jacques:

—¿No vienes a acostarte?

Estremecióse Jacques. Luego exclamó, haciendo un esfuerzo desesperado:

—¡No, no!

Flore no contestó una palabra, pero su actitud reveló gran sentimiento. Como para que le perdonase su resistencia de poco antes, mostróse humildísima y dijo al cabo:

—¿De modo que no te volveré a ver?

—¡No, no!

Las voces se aproximaban, y sin tratar de estrecharle la mano, supuesto que parecía poner a propósito el cadáver en medio, sin siquiera darle el familiar adiós del compañerismo de la infancia, alejóse Flore y se perdió entre las tinieblas, ahogando un sollozo.

En seguida llegó el jefe de estación con Misard y dos mozos. También probó la identidad del cadáver: era el presidente Grandmorin, a quien conocía por haberlo visto bajar en la estación siempre que iba a casa de su hermana, la señora Bonnehon, en Doinville. El cuerpo tenía que permanecer en el sitio donde estaba, y solamente mandó que lo cubriesen con la capa que uno de los hombres traía. Un empleado había recibido la orden de salir de Barentin en el tren de las once, para ir a dar conocimiento del hecho, en Ruán, al procurador general. Pero no se podía contar con él antes de las cinco

o las seis de la mañana, pues tendría que traer al juez de instrucción, al escribano y al médico. El jefe de estación organizó un servicio de guardia junto al muerto; durante toda la noche, y mediante relevos, estaría allí alguien constantemente vigilando con la linterna.

Jacques, antes de ir a echarse bajo algún cobertizo de la estación de Barentin, de donde no debía salir para Le Havre hasta las siete y veinte, permaneció mucho tiempo inmóvil y absorto. Después le turbó la idea del juez de instrucción que aguardaban, cual si hubiese sido cómplice del asesinato. ¿Diría lo que había visto al pasar el exprés? En un principio resolvió hablar, puesto que, en suma, nada tenía que temer. Además, su deber era declarar. Pero luego cambió de opinión, toda vez que no podía dar a conocer un solo hecho decisivo ni se atrevería a fijar ningún detalle preciso sobre el asesino. Necia cosa sería meterse donde no le llamaban para perder el tiempo y emocionarse sin provecho de nadie. No, no, no hablaría. Y se fue, volviéndose dos veces para ver el bulto negro que formaba el cuerpo sobre el suelo, en medio de la redonda claridad de la linterna. Un frío intenso se dejaba sentir en aquel desierto. Habían pasado varios trenes y llegaba otro muy largo con dirección a París. Todos se cruzaban en su inexorable poder mecánico, rozando la cabeza medio cortada de aquel hombre a quien otro hombre había sin duda degollado.